

DOCUMENTO N.º 15

(correspondiente a la carta de 14 de Enero de 1984)

EL RETO INSULAR DE JORGE CAMACHO

Así como el sistema poético de José Lezama Lima —uno de los más grandes artistas de este siglo— se fundamenta en la imagen representada por la palabra, el sistema pictórico de Jorge Camacho —uno de nuestros grandes pintores contemporáneos— se basa en la imagen expresada mediante la línea y el color. Las visiones, los sueños, las obsesiones, el terror o los terrores; en fin, la sabiduría que el artista ha ido acumulando y padeciendo a través de su vida, serán ahora esas imágenes ubicadas e insólitas que iluminan sus cuadros. Pues la obra de Jorge Camacho, como toda obra realmente singular, es el resultado de una obsesión y el conocimiento de una incertidumbre. El desequilibrio entre el ansia de eternidad y esta efímera porción de realidad que la nutre.

La sabiduría es ese impulso revitalizador y contundente con el que el artista sabe anteponerse a la muerte. Los cuadros de Jorge Camacho son fulgores que permanecen y se acrecientan después del incendio: paisajes reanimándose luego de la batalla; cenizas fosforescentes; lluvias que se rebelan y caen a la inversa, bosques petrificados donde el lobo, aunque aplastado por la luna (esa mueca, esa burla), aún sigue aullando. La violencia realiza aquí su más insólita y gloriosa conjunción con la alquimia. De la tierra (y del cielo) germina un amasijo resplandeciente; universo exclusivo y cerrado —torbellino y aullido— donde el paisaje es un árbol circular acorazado de agresivas estrías-garfios, pezu-

ñas, garras, aguijones, flechas y colmillos puntiagudos... El pez ya no está en la torre, sino que, junto a Virgilio Piñera, yace (y escruta) en el asfalto... Pero el pez insular ya no puede nadar. Tampoco, aunque tiene ruedas, puede moverse. Acuático, pero maniatado y en seco, es la base sobre la que la muerte levanta sus bastiones y esgrime, triunfal, su rostro.

Jorge Camacho cierra el triángulo iniciado por Lezama Lima y continuado por Virgilio Piñera: ese aire frío que nos traspasa y petrifica en medio del invariable calor del trópico; ese frío cortante que, bañados en sudor, nos calcina; ese frío que cala nuestros huesos y nos desnuda; ese desamparo, esa intemperie, son también los cuadros de Jorge Camacho. La noche insular de Lezama, con sus jardines invisibles más presentidos que disfrutados, más intuitivos que paladeados, más inaugurales que ciertos, y por lo tanto más ciertos. Esa extraña sensación que llega anegándonos: ansias de transgredir cielos y paisajes, reglamentos y hecatombes, postulados y consignas. Todo eso también ha sido captado por el pintor. Nuestra isla, un montón de huesos abandonados a la erosión, una prisión donde el mar, como una luminosa maldición, golpea y conmina; una fosforescencia desamparada oscilando sobre un verde funerario.

Un cuadro de Jorge Camacho.

Ese fémur abandonado sobre la hierba, ese árbol de huesos que se desploma y reanima, esa mirada entre cómplice y triste del planeta que nos escolta, esa danza inminente y desahogada de la muerte que nos trasciende y la cual al asumirla trascendemos.

Un cuadro de Jorge Camacho.

Lo violento y ecléctico, lo frío, agresivo y absurdo, el contubernio de un desamparo con una luz que nos cala. La

mezcla de todas las razas, de todas las culturas e inculturas, de todas las grandezas y mezquindades configuran esa larga, estrecha y taimada extensión de intemperie que se ha llamado Cuba.

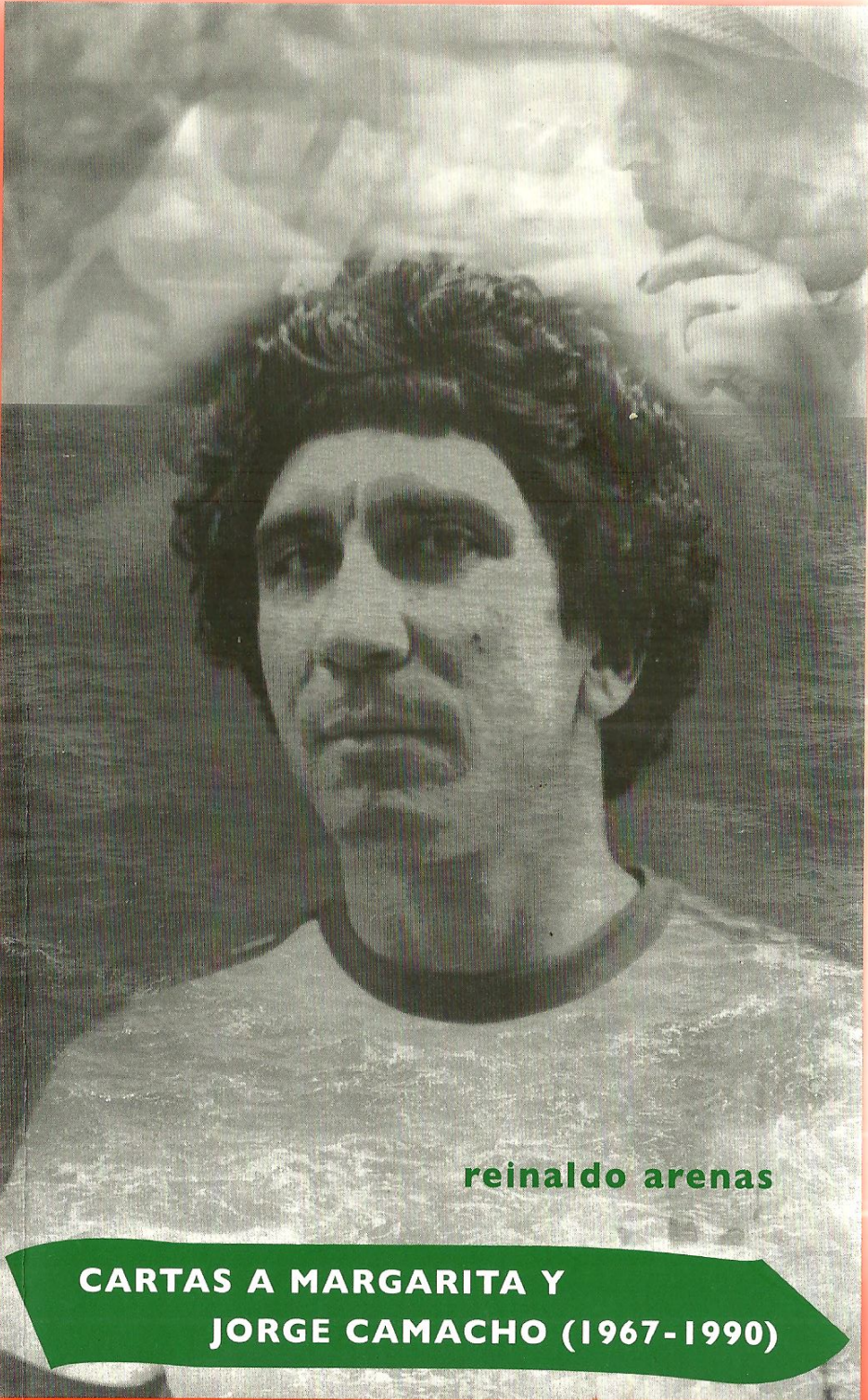
Un artista es siempre, pésele a quien le pese (aun al propio artista), la voz de un terror trascendente y exclusivo: la voz de su paisaje y su pueblo. Camacho es a nuestra abrupta (y perenne) circunstancia –terror agresivo y desarrapado, muerte entre rumbera y tétrica, contrapunteo entre lo bárbaro y lo sublime– lo que fue Goya para el estupor ahogado de su tiempo: el espejo que nos asedia con una mueca, nuestro rostro.

Contemplemos fijamente las agresivas estrías (púas, agujas, flechas) con que la planta, en medio de la intemperie se ampara; observemos esos huesos que, en desolada amalgama, se reúnen como un manglar junto a la costa, ungidos para agredir y sobrevivir.

De esa manera nos lanza Jorge Camacho su reto insular.

R. A.

Nueva York, abril de 1983



reinaldo arenas

**CARTAS A MARGARITA Y
JORGE CAMACHO (1967-1990)**